

HÖLDERLIN, UN PROYECTO EMANCIPATORIO FRACASADO¹

GONÇAL MAYOS SOLSONA
Universidad de Barcelona

Il faut être toujours ivre. Tout est là: c'est l'unique question. Pour ne pas sentir l'horrible fardeau du Temps que brise vos épaules et vous penche vers la terre, il faut vous enivrer sans trêve. Mais de quoi? De vin, de poésie ou de vertu, à votre guise. Mais enivrez-vous ... Pour n'être pas les esclaves martyrisés du Temps, enivrez-vous sans cesse! De vin, de poésie ou de vertu, à votre guise.

Baudelaire, *Le Spleen de Paris*, 1869

A los amigos —tan ricos en entusiasmo— de Plasencia.

RESUMEN:

Se analiza a Hölderlin en contraposición con el proyecto especulativo racionalista hegeliano y, a la vez, el romanticismo más elitista, apolítico y ególatra, pero sin caer en las interpretaciones próximas al nazismo. Así, su canto responde a la noción de «alma bella», pues no está dispuesto a condescender con nada que represente una claudicación en su aspiración al absoluto —plantado como ideal emancipatorio global—. Lo divino o la infinitud son los nombres del elemento emancipador que eleva a los hombres sobre sí y los hace vivir como dioses. Ahora bien, las dificultades intrínsecas de dicho proyecto no se le escapan a Hölderlin, incluso podemos decir que las enfrenta con radicalidad sin igual. El poeta asume esa lucha —tan desesperada como entusiasta— por enlazar finitud e infinitud, por hacer divinos a los hombres. Por ello, la conciencia de

1. Este artículo es un fragmento de un más extenso trabajo inédito y todavía no cerrado. Una primera redacción fue presentada en el 26 Congreso de Filósofos Jóvenes en Plasencia (Cáceres) el 1989. Sólo pretende ser, por tanto, una presentación de la lectura del autor de la obra hölderliniana.

la inevitabilidad del fracaso último preside la tragicidad de su pensamiento. Su canto manifiesta inevitablemente un ritmo intermitente entre el entusiasmo vivificador y volcado sobre el proyecto emancipatorio y la retirada lastimera consecuencia del fracaso pero, solamente, para reintentarlo con renovada fuerza.

SUMMARY:

Hölderlin is being analysed in contrast to the speculative rationalist hegelian project and, at the same time, to the most elitist, apolitical and self-glorified romanticism, but without falling in interpretations next to nazism. In this way his song responds to the idea of «*belle âme*», as he's not disposed to acquiesce with anything that represents any crookedness in his ambition to the absolute —raised as a global emancipational ideal. Divine or infinity are the names of the emancipator element that elevates men over themselves and make them live like gods. Now then, the intrinsic difficulties of the above mentioned project are known by Hölderlin, even we can say that he confronts one another with a very vigorous radicality. The poet assumes that fight —which is as hopeless as enthusiast— to knit together finity and infinity, to make men divine. Because of that, the conscience of the inevitability of the last failure presides the tragedy of his thought. His song expresses unavoidably an intermittent rhythm between the life-giving enthusiasm tipped over the emancipational project and the injurious retreat, consequence of the failure, but just to try it again with renovated strength.

¿HEGEL VERSUS HÖLDERLIN?

Parece haber un destino fatal que conduce tarde o temprano a los estudiosos de Hegel a enfrentarse o reencontrarse con Hölderlin. Hay en este reencuentro o choque algo de liberador. Evidentemente, permite liberarse del terrible influjo estilístico-especulativo que Hegel ejerce; aunque Hölderlin en sus ensayos muestra también el nivel de profundidad —y de dificultad— que es capaz de alcanzar. Pero la necesidad, de los que han tenido algo que ver con Hegel, por repensar Hölderlin va mucho más allá. Nos lleva en cierto sentido de un extremo a otro del problema de la relación del hombre con el mundo y con los otros hombres.

Después de la vorágine de identificar especulativamente lo real con lo racional —y viceversa— no puede sino presentarse el deseo subversivo de sospechar que se ha perdido la posibilidad de pensar en la sinrazón al caer en una locura racional. Se siente el impulso a reclamar —contra toda esperanza, quizás— algo más que la razón, que vaya más

allá, para hacer frente a la percepción de la sinrazón del mundo.

Se desea olvidar por un momento esta razón, para intentar reconquistar un entusiasmo vivificador y liberador o, al menos, la lucidez de pensar —y cantar— el fracaso como fracaso. Por una parte se trata de negarse a desacralizar el mundo, oponerse a reducirlo a una maquinaria astuta que incluso impide la posibilidad de distanciarse de él y, al menos, poder decir «no nos gusta» o «me duele que sea así».

Creo que Hölderlin se encontró ante este mismo dilema y mucho antes que Nietzsche, Heidegger o el nihilismo contemporáneo. Hölderlin estaba abocado a un intento condenado —conscientemente— al fracaso. Se trata de pensar y aspirar radicalmente a lo absoluto, mantenerse fiel sin concesiones a unos ideales juveniles de plenitud y emancipación. Pero la coherencia y valor de Hölderlin destaca sobre todo al someter a crítica con igual radicalidad estos ideales.

Hölderlin goza dentro de la historia de la literatura o del pensamiento —si se quiere— de una posición muy peculiar, casi única. Escribe en un momento de grandes esperanzas —políticas e intelectuales— (pensemos en la Revolución Francesa o en el atrevimiento intelectual del idealismo alemán). Apuesta a todo o nada en favor de esas esperanzas de plenitud y totalidad (incluso las lleva a su extremo). Cuando se le lee por primera vez, sorprende unas veces el entusiasmo desbordante, incluso desmesurado —para Goethe y tantos otros—. Otras veces, sorprende aún más la desmesura de su canto terriblemente dolorido y lastimero. Hölderlin tiene la virtud —en el sentido de capacidad pero también de fortuna o de excelencia— de rozar el patetismo por ambos extremos, sin caer no obstante en el ridículo.

Podemos decir que Hölderlin canta lo que todos quisiéramos cantar si supiéramos, si aún pudiéramos. Aparentemente inmune al contagio cínico, descreído, suspicaz, nihilista, como mínimo irónico y distanciado, a que parecen conducirnos la percepción contemporánea de la absurdidad del mundo y de nuestras aspiraciones en él. Con aparente inmunidad ante toda desesperación o todo límite racional usa —creo que con plena conciencia— las expresiones más ingenua y desmesuradamente entusiastas.

Pero a riesgo de rozar lo patético y ridículo, va siguiendo hasta sus últimas consecuencias un camino nihilista terrible. Hölderlin tiene efectivamente los dos extremos de lo que Hegel ha criticado bajo la denominación de «alma bella». Por una parte aspira al todo, a la plenitud, y lo expresa con contundencia y rotundidad extremas, por otra parte no está dispuesto a condescender con nada que desmerezca lo más mínimo a esa aspiración total. El resultado es que detrás del lenguaje más entusiasta hay una destrucción absoluta —la conciencia del fracaso radical— de ese mismo ideal de plenitud. Hölderlin se convierte *avant la lettre* en el más profundo nihilista trágico.

Entre los dos momentos opuestos —pero siempre radicales y desmesurados— de entusiasmo y de aflicción que marcan la poética y el pensar hölderliniano, va oscilando siempre intermitentemente sin llegar nunca al salto malabar que, por ejemplo, daba en un momento dado Hegel o —en otro contexto político— Heidegger. Hölderlin con su aparente patetismo nos conduce por un camino que inaugura gran parte de nuestro tiempo, el cual parece contener. Se atreve a pensar —a cantar si se prefiere— tanto un ideal emancipatorio universal y sin límites (lo divino), como su inevitable y radical fracaso. No hace ninguna concesión por los dos extremos, he ahí su grandeza.

Siempre he pensado que la frase de Thomas Mann por todos conocida: «el mundo habría ido mejor si Marx hubiera leído Hölderlin»² podría ser continuada añadiendo «y menos a Hegel». El autor de *Hiperión* puede ser ciertamente uno de los más activos antidotos de la propuesta hegeliana. A partir de dicha consideración me alejaré conscientemente de la interpretación heideggeriana intentando, a la vez, soslayar el hecho que parte de su terminología ha sido lamentablemente «capturada» por el nazismo (intentando superar las reminiscencias a todas luces anacrónicas que casi inevitablemente nos parece percibir en la obra hölderliniana).

Ciertamente, nuestro autor es una de las más claras alternativas a Hegel, especialmente en la posición política de éste, pero —he aquí lo más interesante— desde un planteamiento muy próximo o al menos homogéneo al hegeliano. Sin caer en la especulación hegeliana, Hölderlin comparte —al menos en su juventud— un mismo ideal fraterno-político y emancipatorio. Podemos interpretar toda la obra de Hölderlin a partir de estas consideraciones y de la coherencia de su punto de partida: «Lo que para mí no es el todo, y eterno todo, es nada para mí» («Was mir nicht *alles*, und ewig *alles* ist, ist mir *nichts*»³). Hölderlin aplica esta divisa tanto a la afirmación del proyecto emancipatorio como a su crítica.

2. No nos interesa ahora, el hecho que dicha frase pueda ser invertida. Ciertamente, se puede pensar que el fracaso inevitable a que se ve abocado el proyecto emancipatorio hölderliniano podría haberse evitado quizás si hubiera leído a Marx. Por nuestra parte creemos que esto puede ser cierto, pero que entonces Hölderlin sería irreconocible en la postura que creemos mostrar aquí. Tendría que haber cambiado totalmente su proyecto emancipatorio y vital. En definitiva, ya no sería el mismo. Seguramente la oposición, e incluso, la incompatibilidad del planteamiento de Hölderlin y Hegel, incluiría por lo que respecta a nuestro asunto también a Marx. Nuestro interés se centra en pensar esta incompatibilidad —profunda, coherente y radical— de los respectivos proyectos emancipatorios.

3. En el llamado «Thalia-fragment», *F. Hölderlin, Sämtliche Werke und Briefe*, 2 vol, I, pg. 484. La traducción de las citas, cuando no especificamos lo contrario, es nuestra.

El resultado es—claro está— el inevitable fracaso, desde esta conciencia Hölderlin elabora y pronuncia su canto.

HÖLDERLIN, UN ROMANTICISMO FRATERNAL-POLÍTICO

Trivialmente, se ha acusado muchas veces al romanticismo de individualista, ególatra, elitista, ensimismado e incluso solipsista. Se le ha acusado de encerrarse sobre sí y de posponerlo todo a la propia sentimentalidad o genio, de poner la propia pasión o deseo por encima de toda norma ética o proyecto colectivo.

Se acusa, en consecuencia, a los románticos de apolíticos, de insolidarios y hasta de conservadores. En última instancia se ha aceptado la crítica de Hegel al «alma bella», se los ha condenado —muchas veces sin juicio— por no preocuparse por el mundo real y por exasperarse gratuitamente por ideales abstractos y vanos. Sobre ellos ha caído la acusación de irracionalistas o antirracionalistas.

Algunas de estas críticas son ciertas, especialmente, por lo que hace a algunos autores y, quizás, en un grado superior a otros movimientos. El avance indudable que ha representado el romanticismo en el reconocimiento de la subjetividad humana, de la sensación de extrañamiento entre yo y mundo, entre yo y los otros yo, puede ser interpretado de manera negativa; pero no necesariamente ha de conducir sin excepción a la egolatría y al ensimismamiento. Tampoco no conduce a este extremo su reivindicación de aquellas facultades humanas hasta entonces despreciadas por menos racionales, conscientes o «diurnas»: el sentimiento, la intuición, la fantasía, el apasionamiento, el genio —aquellas facultades más misteriosas, menos racionales y calificables de «nocturnas».

En este escrito me propongo destacar sobre este filosofema crítico y menospreciador del romanticismo la figura de Hölderlin, que se aparta totalmente del tópico tradicional. Intentaré mostrar, en primer lugar, que si algunas veces se puede acusar a Hölderlin desde ese tópico, la crítica sólo se sostiene a partir de olvidar su punto de partida y valorar únicamente lo que son momentos segundos (sino secundarios) de su pensar/cantar. Es decir, como posturas adoptadas a partir de la constatación del fracaso de su proyecto emancipatorio y nunca como punto de partida de éste.

Hay que distinguir dos tipos de momentos poéticos entre los que oscila intermitentemente Hölderlin, quien parece moverse dentro de una dialéctica de entusiasmo-aflicción. Ambos momentos son correlativos e igualmente importantes para la comprensión de su obra.

Hölderlin parte siempre de un punto de vista entusiástico —como primer momento lógica y temporalmente de su dialéctica poética. Usamos el término «entusiasmo» en el sentido clásico que podemos

encontrar en el *Ión* y en el *Fedro*. Entusiasmo —*ἔνθουσιασμός*— significa literalmente «endiosamiento», posesión o inspiración divina del alma entusiasta. Significa la inspiración o frenesí que provocan los dioses en los hombres escogidos —el poeta, el filósofo— y que los conduce más allá de sí mismos, de sus límites. De esta manera se realiza lo que Hölderlin llama mil veces como presencia de los dioses en los hombres. Para él entonces los hombres son divinos, son dioses, son uno con los dioses o en ellos habita un dios.

Hay que interpretar las frecuentes alusiones de Hölderlin a los dioses y a lo divino, a lo infinito y a lo absoluto, no como la postulación de una trascendencia. Como los idealistas —Fichte, Schelling, Hegel— no concibe lo absoluto como trascendente sino como immanente. Su divinidad, que asimila al absoluto infinito y eterno, no es pues un más allá, sino el elemento más vivo y vivificador efectivamente presente en la realidad. Aún más que para estos autores, Hölderlin insiste en enfatizar la inmanencia y pertenencia a este mundo de lo divino absoluto. La finitud, la miseria de nuestra situación caída, consiste precisamente en el olvido —la ausencia de percepción o de empatía— de lo divino que permanentemente nos envuelve. La finitud es sencillamente la privación del absoluto vivificador que rodea al débil sujeto humano. El entusiasmo es la señal divina de la presencia actual, efectiva y plena de la divinidad en nosotros. Su pérdida o su inadvertencia —aunque lo divino no se halla apartado de nosotros— nos sume en un lúcido reconocimiento de nuestra indigencia, es nuestra indigencia y miseria; pero no el signo de su trascendencia o imposibilidad.

La presencia cerca de los hombres —*cabe* o *en* nosotros— de lo divino es la apuesta especulativo-poética de Hölderlin. Ello hace al hombre divino, lo convierte en un dios entre dioses —los hombres que lo comparten. Sólo cuando todos los hombres reconocen en sí lo divino y edifican en el entusiasmo fraterno su templo, es restablecido efectivamente el ideal de *Saturna regia*. Incluso este ideal no es un misterioso más allá sino la emancipación tal como la piensa Hölderlin— ahora y aquí de la humanidad. Por todo ello sólo en el entusiasmo —a la vez divino y divinizador—, los hombres están realmente *cabe* sí.

Es importante remarcar que, en la tradición clásica y moderna, la situación de ser poseído implícita en el entusiasmo, conlleva un descenramiento del hombre, literalmente un enajenamiento o alienación. El hombre deja de estar en sí y está en la divinidad, poseído por ésta. Pero para Hölderlin es exactamente lo contrario. Sólo en el entusiasmo, en la posesión divina, en la exaltación poética, en la fogosidad del ánimo, en el arrebato y en un frenesí audaz, está el hombre verdaderamente en sí mismo. Sólo entonces es auténticamente sí mismo, uno con su ser más pleno, vivo y rico. En este momento el hombre es lo que ha de ser, lo que ha deseado siempre ser, lo que es llamado a ser y no lo que la

mezquina necesidad le conduce a ser. Este momento entusiasta es la auténtica libertad, la más plena emancipación humana, es el éxtasis donde el hombre se encuentra a sí mismo, a los otros y al cosmos, más allá de toda escisión.

Sólo en este momento afortunado del entusiasmo, el hombre es plenamente él y, a la vez, se supera a sí mismo para realizar lo ideal de sí: lo divino, lo infinito. Por eso, también para Hölderlin (como para Giordano Bruno) el entusiasmo es un «furor heroico» que lleva al hombre a superarse en lo divino y, paradójicamente, a encontrarse a sí y al cosmos único y total en lo divino. El momento del entusiasmo es un momento de reconciliación, de plenitud, de apoteosis y éxtasis, que se da siempre en el punto de partida. Al contrario de Hegel (quien sitúa el momento de la reconciliación como el tercero en su dialéctica, el punto de llegada), para Hölderlin es la base de partida, el momento originario de toda dialéctica. Para él, la libertad, la emancipación, está en el principio y no en el final de una dialéctica que tiene que pasar necesariamente por la experiencia de la negatividad.

Si para Hölderlin hay «necesariamente» un momento de negatividad no es —como en Hegel— para superándolo alcanzar un punto superior. La negatividad no se exorciza en Hölderlin de la manera que lo hace Hegel. La negatividad, el fracaso del entusiasta proyecto emancipatorio, es radicalmente puesta y no se deja disolver fácilmente en una superación racional. Hölderlin se ve abocado a aceptar absolutamente la inevitabilidad del fracaso, del suplicio ante la pérdida del entusiasmo liberador y divinizador. La hegeliana superación especulativo-racionalista de la negatividad se ve en el planteamiento hölderliniano totalmente comprometida. Pues, la aflicción sólo se puede superar con una mayor dosis de entusiasmo, de exaltación y audacia. El problema está entonces en de dónde sacar ese *plus* de entusiasmo y audacia cuando se ha caído —sin paliativos— en la nada, en la negatividad, en la inapetencia, en el fracaso.

No hay para Hölderlin, un espíritu universal o una razón astuta que vaya realizando para y por nosotros la metamorfosis de escisión en reconciliación. La nada, la negatividad o el fracaso se muestran irreductibles ante el sujeto y a éste sólo le queda armarse otra vez de valor, de fervor, embriagarse de pasión e intentar contraponerse a la miseria y la negatividad con la riqueza y la fuerza que haya podido recomponer en sí. Hölderlin no tiene ante el desaliento ninguna otra esperanza, que la convicción —puesta siempre a prueba— de que el mundo no puede ser siempre así, que hubo una época —esa edad de oro de la Grecia clásica que tanto añora— cuando no fue así y que ha de retornar el momento en que no sea así. Siempre se preguntará, por tanto, si ha llegado ya el tiempo del reverdecer de Jonia, el momento de revivir el frenético ideal emancipatorio.

Contra el fracaso de su proyecto emancipatorio Hölderlin no tiene nada más que ese mismo proyecto. No tiene ninguna otra ayuda interna o externa que no sea él mismo, que no estuviera en el primer momento de la dialéctica. No le queda sino volver a intentarlo, volver a levantar la mirada a los cielos, volver a dar amor, volcarse hacia fuera. Sólo lo podrá hacer, naturalmente, mientras le quede algo que dar, mientras del pozo sin fondo de sí mismo consiga sacar algo que oponer a la nada que todo lo devora.

La superación dialéctica se frustra en Hölderlin, ya que el momento de la escisión y la negatividad es insuperable. No se puede transitar impunemente del entusiasmo a la nada, igual como no se puede estar en contacto con la miseria o el barro sin volverse miserable o enlodarse. Probablemente Hegel acusaría a Hölderlin de caer en la mala infinitud, ya que pasaría de un extremo al otro sin encontrar nunca una superación más allá de ellos. Pero Hölderlin le podría decir que, siendo esto cierto, la dialéctica no sólo es mala sino, sobre todo, trágica, y que el proyecto hegeliano se ve destruido inmediatamente ante ella. El hombre está solo —solo consigo mismo— en esa dialéctica y ante la negatividad. Si quiere evitar ser absorbido en la nada, le queda únicamente el recurso de sacar fuerzas de flaqueza, de sí mismo. Armarse de valor, confiar en que hay dioses, que en él habita un dios, que le está destinada la divina infinitud e intentarlo una vez y otra vez más.

Sólo *intermitentemente* le es dada la posibilidad de un descanso, quizás un respiro en el que recuperar fuerzas y curar las heridas. Todavía la naturaleza —madre amorosa para Hölderlin— ofrece su refugio al derrotado, le ofrece una patria pero no *La Patria* buscada. Es un refugio, el único y último refugio, pero tan sólo temporal, momentáneo y supletorio. En comunión solitaria con la naturaleza parece que la escisión ha desaparecido. Pero esta paz únicamente es un débil testimonio de lo que es capaz el hombre y el poeta; la escisión reaparece de nuevo con la visión de la situación encadenada y miserable del pueblo, antaño libre y hoy caído.

El poeta podría intentar quedarse en esta soledad pacífica que la naturaleza le ofrece pero, al igual que el filósofo que se ha liberado de la caverna platónica, tiene que volver para liberar a los otros prisioneros. No puede gozar de la luz en soledad; su proyecto emancipatorio le llama a libertar a todos. El ideal hölderliniano de *Vereinung* y de *hen kai pan*, le indican que sólo se puede salir de la escisión con el entusiasmo fraterno y universal. La edad de oro es la única alternativa a la escisión y a la miseria del presente. Como siempre, Hölderlin apuesta a todo o nada. Su dialéctica es así de terrible y de trágica, por eso le es imposible encontrar un camino de reconciliación que no sea el débil desafío del poeta, empeñado (contra toda evidencia) en mantener el enlace entre infinitud y finitud, entre dioses y hombres.

En definitiva, el intermitente canto lastimero y doliente de Hölderlin (que se imputa como típico de los peores tics del romanticismo) corresponde siempre a momentos posteriores al fracaso de un vigoroso proyecto emancipatorio. Corresponde a momentos en que el héroe o poeta hölderliniano lava sus heridas en soledad y se recupera del cansancio; pero nunca a la propuesta inicial, que es siempre revulsiva, emancipatoria, arriesgada e, incluso voluntariosa. Por otra parte, está abocado a reiniciar una y otra vez el mismo proyecto fraterno-emancipatorio, más allá de los sucesivos fracasos —restañadas las heridas y recuperado el coraje.

HÖLDERLIN, POETA DE LA EMANCIPACION HUMANA

Hölderlin es para éste autor sobre todo el cantor poético de una *intermitente* exhortación emancipatoria del hombre. Su canto se dirige desde el entusiasmo y la fraternidad infinitos contra la miseria y la culpable limitación humana. De esta manera, Hölderlin desarrolla uno de los temas clave de la Ilustración, de la *Aufklärung*, pero desde una clave mucho más desgarrada, menos ingenuamente optimista, más íntimamente consciente del fracaso final a que está abocada.

Estamos de acuerdo con Felipe Martínez Marzoa, cuando compara Kant con Hölderlin, en que también para este último la finitud humana —que le niega el acceso al ideal, a la vida de los dioses— es culpable ya que nace del hombre mismo, de su incapacidad de regenerar en sí el entusiasmo vivificador o de dejarse penetrar por la fuerza del cosmos y la naturaleza. Como Kant en su escrito *Beantwortung der Frage: Was ist Aufklärung?*, coincide en esa debilidad culpable del hombre (el hombre de su época hecho de una «madera demasiado torcida» como para que pueda ser completamente enderezada).

Hölderlin parte siempre de esa situación caída de los hombres, que hace a los alemanes de su tiempo incomparables con aquellos griegos clásicos que centraban su entusiasmo. Schiller⁴ ya había planteado muy bien la situación de escisión a que los modernos se veían abocados —escisión consciente al menos desde la filosofía kantiana— y que los avergonzaba ante la presencia del individuo auténtico, sin fisuras en sí y con su colectividad, de los antiguos griegos.

Pero Hölderlin siempre se remonta desde las cenizas que le envuelven —incluso desde sus propias cenizas— ofreciendo una y otra vez su exhortación emancipatoria como única salida. Esta exhortación está siempre presente en toda su obra —tanto poética como narrativa— pero,

4. *Über die Ästhetische Erziehung des Menschen in einer Reihe von Briefen* en Schiller, *Sämtliche Werke*, 5 vol., München, Winkler Verlag, 1975.

como mostraré, indefectiblemente de una forma *intermitente*, es decir bordeada y abocada al fracaso. He aquí su drama, su genio y su locura.

Me centraré sobre todo en las razones, la naturaleza y la estructura de la reiteración poética de la exhortación emancipatoria a la fraternidad universal en el entusiasmo (que marca totalmente su poética y pensamiento).

Hölderlin en *An die jungen Dichter* lanzaba la consigna a que intentará ser siempre fiel: «¡ama los dioses y piensa fraternalmente (o amicalmente)⁵ en los mortales!»! Ya en dicha consigna está clara la no oposición entre mundo divino y mundo humano, por mucho que uno le reconforte y el otro le atormente. Son dos mundos que hay que hacer confluír, ya que sólo en una época miserable como la presente se han podido escindir. Por ello trata de dirigir la preocupación del poeta a establecer la unión entre el mundo de los dioses y el de los hombres. Esta es la tarea de los poetas, que no es sino un doble esfuerzo correlativo: unir los dos mundos, hacer humanos a los dioses y divinos a los hombres, conducirlos por los sagrados caminos de la infinitud.

Claramente, se trata de un ideal emancipatorio, porque si Hölderlin habla de los dioses es para ayudar así a la liberación humana, si ama a aquellos es porque ama lo que hay de divino en los hombres. En su poema *Brot und Wein* dice:

«Lo que predijeron los antiguos poemas a los hijos de los dioses,
¡Mira! Eso somos nosotros, nosotros; ¡fruto de las Hespérides!
Maravillosa y exactamente se ha consumado en los hombres.
... pues somos sombras sin corazón hasta que nuestro
Padre Eter, reconocido por cada uno, a todos pertenezca.»⁶

Como se dice en el *Systemprogram*, la poesía y los poetas son los encargados de desvelar las nuevas ideas y producir el entusiasmo por ellas en el pueblo. Es una tarea ardua, que todavía se identifica como en Schiller —quizás ingenuamente— con una tarea político-emancipa-

5. «Liebt die Götter und denkt freundlich der Sterblichen!». Op. cit., I, pg. 223.

6. «Was der Alten Gesang von Kindern Gottes geweissagt,
Siehe! wir sind es, wir; Frucht von Herperien ist's!
Wunderbar und genau ist's als an Menchen esfüllet,
... denn wir sind herzlos, Schatte, bis unser
Vater Äther erkannt jeden und allen gehört.» Op. cit., I, pg. 314.

7. En dicha obra tanto Hölderlin como Schelling i Hegel coinciden con lo que Schiller afirmaba en sus *Cartas*: que «para resolver en la experiencia el problema político, se precisa tomar el camino de lo estético, porque a la libertad se llega por la belleza» y que «la obra de arte más perfecta que cabe es el establecimiento de una verdadera libertad política». (Op. cit. V, pg. 314 y 313 respectivamente. Traducción castellana de Manuel García Morente, Madrid, Espasa-Calpe, Col. Austral, pg. 15 y 13 resp.).

toria⁷. Así Hölderlin en su poema *An unsre grossen Dichter* exclama:

«¡Despertaos poetas! ¡Despertad del letargo
también aquellos que aún duermen, dad leyes,
dadnos vida, venced, héroes! Como Baco,
tan sólo vosotros tenéis el derecho de conquista.»⁸

Por otra parte en *Wie wenn am Feiertage...* lega a los poetas la siguiente tarea:

«Los pensamientos del espíritu común están,
silenciosamente acabados, en el alma de los poetas.
Desde largo tiempo familiarizada con el infinito,
súbitamente herida se estremece con el recuerdo
y logra, inflamada por el sagrado rayo,
el fruto nacido del amor, obra de dioses y hombres,
el canto, que a ambos testimonia.

...

Y por ello ahora los hijos de la tierra
beben sin peligro el fuego divino.
Pero a nosotros corresponde, ¡poetas!
permanecer a cabeza descubierta
bajo las tormentas de dios,
asir con nuestras propias manos
el rayo mismo del padre y
entregar al pueblo, envuelto
en el canto, el don divino.»⁹

8. O weckt, ihr Dichter! weckt sie vom Schlummer auch,
Die jetzt noch schlafen, gebt die Gesetze, gebt
Uns Leben, siegt, Heroen! ihr nur
Habt der Eroberung Recht, wie Bacchus.» (Op. cit., I, pg. 228).
9. «Des gemeinsamen Geistes Gedanken sind,
Still endend, in der Seele des Dichters.
Dass schnellbetroffen sie, Unendlichem
Bekannt seit langer Zeit, von Erinnerung
Erbebt, und ihr, von heil'gem Strahl entzündet,
Die Frucht in Liebe geboren, der Götter und Menschen Werk,
Der Gesang, damit er von beiden zeuge, glückt.»

...

Und daher trinken himmlisches Feuer jetzt
Die Erdesöhne ohne Gefahr.
Doch uns gebührt es, unter Gottes Gewittern,
Ihr Dichter! mit entblösstem Haupte zu stehen,
Des Vaters Strahl, ihn selbst, mit eigner Hand
Zu fassen und dem Volk ins Lied
Gehüllt die himmlische Gabe zu reichen.» (Op. cit., I, pg. 255).

renovado para la emancipación, indigitando siempre el camino hacia la divinidad, hacia la plenitud. Cuando —en *Menons Klagen um Diotima*— incluso los dioses de la muerte silban a su oído «el severo canto: ¡así debe ser, olvida tu dicha y adormécete en silencio!¹³», Hölderlin se niega a la aceptación del fracaso y siente dentro de sí la esperanza del sueño. La intermitencia del proyecto-intento entusiasta y el fracaso-sueño se reitera.

También en el *Hymne an die Freiheit* afirma:

«Cuando [sólo quedan] las sombras de la gloria paterna,
cuando se desmorona el último resto de la libertad,
llora mi corazón la separación con lágrimas amargas
y hacia su más bello mundo [de los antiguos hombres libres] huye.»¹⁴

Pero inmediatamente afirma que todo florecerá de nuevo mañana, más hermoso, la primavera nacerá de la destrucción. El eterno retorno —intermitente, pero inevitable— marca indeleblemente el canto y la personalidad de Hölderlin.

Hölderlin difícilmente puede aceptar el fracaso a que está abocado el hombre débil, abandonado por los dioses y por la fuerza infinita de la naturaleza. Quizás por esto dejó inacabada *La muerte de Empédocles*: le resultaba difícil aceptar como un final —como el final definitivo— el acto de entrega de Empédocles (tan ambivalentemente victorioso como fracasado). La tentación del silencio —de la muerte— es siempre constante en Hölderlin. Por ejemplo en el final del *Der Archipelagus*:

«...y si el tiempo arrebatador
conmueve demasiado violentamente mi cabeza, y la indigencia y desvarío
entre los mortales quebrantan mi vida mortal,
¡déjame entonces recordar el silencio en tus profundidades!»¹⁵

Pero largamente se resiste tanto a la pérdida de la esperanza como de la vida (incluso se puede decir que se resiste más a perder la primera que no la segunda) y pronto pasa a pensar en la época actual de ausencia

13. «das nüchterne Lied»: «Soll es sein, so vergiss dein Heil, und schlummere Klanglos!» (Op. cit., I, pg. 266).

14. «Wenn der Schatten väterlicher Ehre,
Wenn der Freiheit letzter Rest zerfällt,
Weint mein Herz der Trennung bittere Zähre
und entflieht in seine schönre Welt.» (Op. cit., I, pg. 144).

15. «... und wenn die reissende Zeit mir
Zu gewaltig da Haupt ergreift und die Not und das Irrsal
Unter Sterblichen mir mein sterblich Leben erschüttert,
Lass der Stille mich dann in deiner Tiefe gedenken.» (Op. cit., I, pg. 279).

de dioses y de libertad como un *inter-medio*, un tiempo a la espera. Así incluso en el momento de la desesperación como en el poema *Brot und Wein* se pregunta qué hacer hasta el retorno de los dioses:

«Entretanto, a veces me parece que es mejor
dormir que estar así sin compañeros,
que aguardar así entretanto sin nada que hacer ni que decir.
No sé y ¿Para qué poetas en tiempos indigentes?»¹⁶

Pero, incluso en este dolorido momento, la pregunta está formulada desde el desánimo como un «Indessen» (entretanto, mientras tanto), como la espera-esperanza del retorno. La desafiante apuesta por la vuelta de la comunión entre dioses y hombres, entre hombres y hombres, de éstos y el cosmos, es siempre el presupuesto fatal del canto poético y fraternal de Hölderlin.

EL CANTO POLITICO-FRATERNAL COMO EL MAS PROFUNDO CANTO AMOROSO

Alguien puede pensar que el proyecto emancipatorio hölderliniano se opone o es diferente de su proyecto sentimental, amoroso y, sobre todo, fraternal. Nada más lejos de la realidad, la política de Hölderlin es una política del entusiasmo, de una unión íntima y en el sentimiento que proyecta a los hombres más allá de sí mismos y de sus miserias hacia las cumbres celestes donde moran los dioses o, mejor dicho, donde los hombres son y viven como dioses. Su política, y así cabe interpretar la frase de Thomas Mann, no es una fría relación objetiva en un estado pretendidamente racional o el cambio violento de la escueta institucionalización política¹⁷. Para Hölderlin si hay un proyecto político colectivo, está íntimamente unido a la fraternal unión de hombres entusiastas, dionisiacos y felizmente apasionados. Para Hölderlin no hay proyecto político, sin un proyecto fraterno, entusiasta y pasional.

Desde el comienzo de su obra y de su vida de poeta, Hölderlin siempre parte de la interrelación cortada, imposible y escindida entre las aspiraciones del yo hacia la colectividad y el todo cósmico. Ante tal ideal

16. «... Indessen dünket mir öfters

Besser zu schlafen, wie so ohne Genossen zu sein,

So zu harren, und was zu tun indes und zu sagen,

Weiss ich nicht, und wozu Dichter in dürftiger Zeit.» (Op. cit., I, pg. 313).

17. Quizás haya algo parecido en el muchas veces denigrado marxismo más «romántico» (muy cercano a los socialistas utópicos) cuando consideran los proletarios una especie de ángeles caídos que han olvidado que son la «sal de la tierra» y el poder telúrico y vivificador que en ellos yace.

las respuestas son varias, incluso, diferentes, pero siempre son respuestas a una misma y permanente problemática. Así podemos interpretar: el amor de Melita o Diótima; la sorpresa del reconocimiento del primer igual, del primer hombre: Adamas; la amistad en una tarea política emancipatoria de Alabanda; la última entrega desengañada de Empédocles; la soledad derrotada en el seno de la buena y bella naturaleza que restaña sus heridas en Hiperión.

Estas son las respuestas a que intermitentemente se encuentra abocado Hölderlin, en un trágico pero esforzadamente entusiasta *Bildungsroman*. *Hiperión* responde perfectamente a la idea de *Bildungsroman*, típica del primer romanticismo: un romanticismo, todavía directamente confrontado con el proyecto ilustrado, que por una parte quiere trascender pero que, por otra parte, se ve aún obligado a modular.

Hölderlin y gran parte de los primeros románticos (inmediatamente influenciados por la exaltación revolucionaria en Francia) ponen a un nivel paralelo el ideal de comunidad y de servicio ético a la humanidad, así como la satisfacción de los impulsos más íntimos, espontáneos y sublimes del hombre. Esos mismos impulsos, conducen a Hölderlin a ponerse al servicio de la causa suprema y más noble, que no es otra que la libertad. Pero ésta ya no puede ser alcanzada con un ideal meramente abstracto como se proponían los ilustrados, sino que tiene que ir paralela a la movilización total del ser humano real y a la creación de unos lazos espirituales de solidaridad entusiasta y fraternal de los hombres.

Para Hölderlin, en concreto, la búsqueda de la *Vereinigung*, que siempre concentró sus anhelos, tiene en todo momento una componente amorosa, una componente fraterna y una componente claramente política. La búsqueda de la *Vereinigung* equivale para él a la aspiración hacia la plenitud absoluta. Hacia este ideal trifonte se proyecta siempre Hölderlin con la radicalidad que caracteriza su personalidad. También aquí se cumple su lema que «lo que para mí no es el todo, y eterno todo, es nada para mí».

La poética hölderliniana parte de esta aspiración hiperbólica, irreductible, radical e inconciliable con medias tintas por muy real-objetivas que sean. Igual como la meditación cartesiana se inicia con una duda hiperbólica que se niega a detenerse ante cualquier pensamiento que no anule absolutamente toda posibilidad de dudar, Hölderlin parte también de una aspiración hiperbólica típica en el romanticismo y que podríamos calificar de fáustica. Parte siempre de un anhelo por la superación de la escisión que impide a los hombres ser y sentirse divinos. Este anhelo es tan irreductible como predestinado al fracaso e intuitivo como imposible.

Frente al malestar o el desasosiego por la escisión que percibe en su época, en su Germania, se propone la reinstauración de la época griega, la patria griega de todos los hombres entusiásticamente divinos. Hölderlin vive esta patria efectivamente por breves momentos en su poesía,

llevado por el entusiasmo salvador, pero el desasosiego retorna siempre como la otra cara del ser del hombre. El paroxismo de la recaída forma parte inevitable del destino humano, condenado a alcanzar la plenitud deseada sólo *intermitentemente* —con el peligro añadido y siempre amenazante de la locura.

Hölderlin parte trágicamente de la intuición de tal situación, por esto sus poemas son desde su misma juventud elegías. Una elegía como aquel poema de juventud dedicado *An die Natur* donde llora la pérdida de los días —tan próximos, por otra parte— de la infancia, cuando no sabía aún del destino del hombre, cuando jugaba entre los pliegues del velo de la naturaleza que le escondía a la vez la aspiración a lo supremo y la conciencia de la trágica debilidad del destino humano.

El espíritu humano parece incapaz de superar la escisión que lo marca. El hombre es en el universo el único ser caído, *Hymne an die Freiheit*:

«Uno, uno solo ha caído,
ha sido marcado con la ignominia del infierno.
Bastante fuerte para elegir el más bello camino,
el hombre va arrastrándose bajo el pesado yugo.
¡Ah! Él fue el más divino de los seres.»¹⁸

Pero el poeta no puede rendir su canto, una y otra vez pronuncia su arenga, su exordio emancipatorio:

«Entonces ¡hermanos! ¿tardará aún la hora?
¡Hermanos! ¡Por los mil desesperados,
Por los descendientes nacidos de la ignominia,
Por las soberanas esperanzas,
Por los bienes que colman el alma,
Por el ancestral poder divino,
¡Hermanos, Ay! Por nuestro amor,
Reyes de la finitud, ¡despertad!»¹⁹

18. «Einer, Einer nur ist abgefallen,
Ist gezeichnet mit der Hölle Schmach;
Stark genug, die schönste Bahn wallen,
Kriecht der Mensch am trägen Joche nach.
Ach! er war das göttlichste der Wessen,» (Op. cit., I, pg. 143-3).
19. «Nun, o Brüder! wird die Stunde säumen?
Brüder! um der tausend Jammernden,
Um der Enkel, die der Schande keimen,
Um der königlichen Hoffnungen,
Um der Güter, so die Seele füllen,
Um der angestammten Göttermacht,
Brüder ach! um unsrer Liebe willen,
Könige der Endlichkeit, erwacht!» (id., I, pg. 144).

Eso son para Hölderlin los hombres —«*Könige der Endlichkeit*» (reyes de la finitud)— pero su promesa, su aspiración hiperbólica, no se detiene nunca ante los límites impuestos. El hombre puede ser también un dios, cuando en él vive un dios, cuando decide vivir como un dios, cuando el entusiasmo lo conduce a una unión fraternal y amorosa con el cosmos, pero también y sobre todo, con los otros hombres.

Es una apuesta —mejor dicho, un reto— de imposible realización pero, en cierta medida, de obligado planteamiento. Evidentemente aquel que enuncia y hace suyos los principios: «lo que para mí no es el todo, y eterno todo, es nada para mí» y «amad a los dioses [la plenitud, lo infinito, el absoluto] y pensad fraternalmente en los hombres [la finitud, lo caído]», está condenado al fracaso más cierto y consciente. Pero de alguna manera la afirmación de estos principios absolutos y radicales va más allá del inevitable fracaso. Devienen la condición de posibilidad de un punto de partida que se mueve entre lo que Hegel llamó *alma bella* o la voluntad de poder nietzscheana.

Se trata de un inevitable presupuesto trascendental que marca todo posible proyecto emancipatorio. En definitiva, su validez no depende del éxito o del fracaso. La relación de estos principios o aspiraciones no es instrumental con vistas a la obtención de una recompensa, sino que es algo previo a la posibilidad de pensar una recompensa o un fin. El entusiasmo es para Hölderlin la condición de posibilidad de toda concepción de un proyecto emancipatorio, así como para Kant el imperativo categórico es la condición de posibilidad de una moral. El éxito o fracaso previsible, son en ambos casos algo añadido, una consideración de orden derivado y posterior, otra cosa.

EL HEROE HÖLDERLINIANO

Interesa remarcar el trasfondo social i emancipatorio que subyace siempre en la obra de Hölderlin. Sus héroes arquetípicos —Empédocles e Hiperión—, aunque conscientes de la distancia que los aleja de los hombres comunes, actúan en todo momento en referencia y solidaridad con esos mismos hombres de los que se saben —dolorosamente— diferentes. Hölderlin es un contraejemplo claro de una visión tradicional del romanticismo: la distancia insalvable entre el héroe romántico y el pueblo llano. Esta escisión es el punto de partida de la situación trágica y, por ello, no conlleva —como se suele creer— la insolidaridad entre héroe y el resto de los hombres. En Hölderlin el héroe lo es para el pueblo, para la humanidad. Su tarea se vuelca trágicamente en favor de la humanidad en una solidaria voluntad emancipatoria; esa es su meta.

El héroe hölderliniano está lleno de dolor por la distancia que lo separa del resto de la humanidad, tanto como por la distancia que lo

separa —en momentos de desánimo, en especial— del fondo vivificador de la naturaleza —el mundo divino por antonomasia. Le embarga el dolor porque constata la imposibilidad de unir estos dos polos enfrentados.

Su prototipo de héroe se caracteriza por negarse a vivir en esta dualidad. Su lucha consiste en intentar superar esta oposición: la contradicción entre mundo humano y divino, la escisión entre hombres mortales y la divina naturaleza. Ahora bien, siempre se niega a sí mismo un camino —el más fácil—. Se niega a escoger un polo en detrimento del otro. Esta respuesta sería tanto como aceptar implícitamente la escisión, ya que él —a diferencia del común de los hombres— tiene conocimiento en su espíritu del mundo divino y no puede contentarse con vivir conformadamente la miseria humana.

El héroe nace en esta escisión —que en la infancia se presenta como adormecida— y su primera sensación de dolor coincide con la conciencia de la escisión. Toda su vida será desde entonces un luchar por superar la dolorosa oposición. Algunas veces, encontrará consuelo en el maestro. El le enseñará que no está solo en sus anhelos y le ayudará a darles forma definitiva y superior. Como ejemplo, en el *Hiperión* tenemos el personaje de Adamas.

Otras veces o más adelante en su formación (su *Bildung*), encontrará a sus iguales, seres semejantes a sí, llenos de los mismos anhelos y del mismo espíritu. Con ellos alcanzará las cumbres más altas del entusiasmo y de su fuerza, e intentará la emancipación humana. Tanto Alabanda (la amistad) como Diótima (el amor) juegan ese papel.

La mayor parte de las veces, se encontrará solo y herido. En dichos momentos solamente la armonía con la tranquila y acogedora naturaleza aliviará sus heridas. Así periódica e indefectiblemente, el héroe hölderliniano (tanto Hiperión repetidas veces, como Empédocles con más radicalidad) se verán abocados al retorno a la naturaleza, a buscar asilo y refugio en ella. Pero si el héroe está herido, si ha fracasado y se aísla de todos los hombres, es porque ha intentado con todas sus fuerzas elevar hacia sí la humanidad.

Ha pretendido, solidario con la humanidad, romper la escisión: en el mundo humano el espíritu divino está ausente, mientras que la naturaleza divina y el mundo de los dioses son sólo silencio, soledad e insensibilidad frente al sufrimiento humano. El fracaso lo condena al aislamiento, es cierto, pero el héroe hölderliniano jamás lo ha buscado sino para restañar sus heridas producidas en el intento. Su soledad y su desprecio de los hombres —siempre algunos hombres concretos, como Hermócrates— viene sólo por haber sufrido previamente su desprecio y su agresión. Por otra parte, el perdón está siempre pronto. También es cierto que hay un momento en que el héroe no puede volver al seno social, entonces busca la soledad y reconciliación suprema con la divina naturaleza.

El retorno solitario al seno acogedor de la naturaleza —momento muy radical en Empédocles, pero también presente en Hiperión— aparece como un descanso, un intermedio en la lucha o un último sacrificio en favor de la humanidad. Incluso cuando la muerte es el último acto —sublime y absoluto— que le cabe a un ser divino, continúa siendo un mensaje de amor para con los hombres.

Es, además, un hecho de alguien que es como ellos, que se ha sentido como ellos —incluso en su miseria e indignancia— y que en él ha creído encontrar el camino —ejemplar, quierase o no— para que sea la última ofrenda para con un ideal superior de humanidad. De esta manera Hölderlin quiere convertir su fracaso en el último sacrificio y en una última entrega a la humanidad. Cabe pensar que, en tanto que los hombres —los agrigentinos, por ejemplo— lo retienen en su memoria y les eleva, es un desesperado y trágico triunfo.

Con su sacrificio, el héroe consigue el retorno al seno natural y divino, pero no simplemente porque siempre lo haya buscado. Ha comprendido que es la única manera de unir permanentemente lo humano y lo divino pero, sobre todo, ha comprendido que es la indicación simbólica de un camino que tal vez la humanidad podrá transitar. La entrega de sí, la confianza en la naturaleza, la no renuncia ante la miseria humana, etc., todo lleva el mensaje de su sacrificio en favor de lo que de divino hay en los hombres. Es, por otra parte, como absolutamente abnegado, la última prueba que le era dado aportar.

Invirtiendo la frase de Thomas Mann que ya hemos comentado, se puede decir también que le hubieran ido mejor las cosas a Hölderlin si hubiera podido leer a Marx. Hemos recalcado que el proyecto emancipatorio hölderliniano se plantea con una tal elevación y radicalidad que se convierte en imposible. Su héroe, por tanto, está condenado al fracaso. Evidentemente, bajo una perspectiva meramente instrumental, la postura de Hölderlin se muestra abocada al absurdo. Al respecto, Hölderlin le puede enseñar muy pocas cosas a un filósofo de la «realidad» humana del calibre de Marx y, en este punto, le pasa lo mismo con Hegel. Por otra parte, cabría preguntarse si está más cerca de la *hybris* ontológica de la autenticidad instauradora de un Heidegger (quien en esa dirección ha dirigido sus comentarios), creemos que está clara una notable divergencia respecto a dicha lectura, aunque no está tematizada en el presente artículo y se ha de remitir a un trabajo posterior.

Hölderlin, su proyecto y su tipo anhelado de héroes parecen reducirse a un absurdo, parecen responder a la acusación de «alma bella». Ciertamente poco puede enseñarles a Hegel, Marx o quizás sobre todo a sus acomodaticios discípulos. Tan sólo resalta la necesidad de un entusiasmo sincero que no transija estratégicamente, de un apasionamiento no acontentadizo ante el «espíritu a caballo». Incluso, avisa sin descorazonar frente a una derrota previsible para aquel que no se quiere plegar a la

maquinaria de la historia y la política. Frente a la inevitabilidad e inexorable funcionamiento de dicha maquinaria, el héroe hölderliniano sólo puede oponer su entusiasmo, su lúcida pero decidida voluntad de divinidad²⁰, su entusiasta a la vez que trágica y débil figura.

20. Es evidente la relación con la voluntad de poder nietzscheana, pero éste es un tema que también supera nuestro escrito.